

EL AMOR DEL ALMA

o

MEDITACIONES SOBRE LA
PASION DE JESUCRISTO

EL AMOR DEL ALMA

O

MEDITACIONES SOBRE LA PASION DE JESUCRISTO

por

San Alfonso M.^a de Liguorio
Doctor de la Iglesia

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34
SEVILLA-3

EL AMOR DEL ALMA

ALBERTO MORFITT NORRIS
PASIÓN DEL ESTUDIO

San Alfonso "M." de Argandoña
Punto de la Iglesia

Con licencia eclesiástica

ISBN 84-86162-21-1

Depósito Legal B-24822

Printed in Spain.

Impreso en España

EMEGE Industrias Graficas. C. Londres 98 Barcelona 36



San Alfonso M.^a de Liguorio,
Doctor de la Iglesia

INTRODUCCION

Resumen bibliográfico de San Alfonso M.^a de Ligorio

Nació en Nápoles el 27 de septiembre de 1697 y murió a la edad de 91 años en 1787.

A los pocos días de nacer, un siervo de Dios, San Francisco de Jerónimo, cogiéndolo en brazos exclamó en tono profético: «Este niño será obispo, vivirá cerca de cien años y hará grandes cosas por Dios».

Estudió la carrera de jurisprudencia consiguiendo ya a los 16 años el birrete doctoral en ambos derechos, necesitando dispensa especial por su corta edad. Ejerció la abogacía con tanto éxito que en ocho años ganó todos los pleitos. Pero el Señor que lo quería para su servicio permitió su primer fracaso en un pleito defendiendo al Duque de Orsine. Entonces fue cuando Alfonso desengañado de las falacias del mundo tomó la seria resolución de abandonarlo y dedicarse por completo al servicio de Dios.

«A todos nos obliga por igual el precepto del amor, y, precisamente, la verdadera santidad consiste en el amor a Jesucristo, nuestro soberano Bien, nuestro Redentor y nuestro Dios». Así escribía el Santo y a esto encaminó por completo su vida entera. El celo por la salvación de las almas le movió a fundar la congregación de misioneros del Santísimo Redentor. Durante muchos años él fué el primer misionero, recorriendo pueblos y ciudades. Es un apóstol humil-

de, resuelto, inflamado de amor a Dios y a las almas que prodiga su piedad y su tiempo en el confesionario, en el púlpito, en la catequesis a los niños...

A pesar de su resistencia tuvo que aceptar por obediencia al Papa la dignidad episcopal. Luchó por la reforma del seminario y del clero, siendo sus pastorales exponentes de su preocupación y su celo por la santidad del sacerdocio y la salvación de las almas.

Gran escritor

Su celo por la salvación de las almas que tan caras habían costado al Redentor le hacía no contentarse con que le oyeran cientos o miles de personas. Jesucristo murió por todas y era preciso salvarlas a todas. Pensó en los libros, en grandes ediciones de libros populares que pudieran llevar su voz y el mensaje evangélico a todos los rincones de la tierra, y, decididamente se hace escritor. Escribe cómo hemos de amar a Jesucristo, qué razones tenemos para amar a Jesucristo y cuánto es lo que merece Cristo que le amemos. Entre los muchos libros que escribió se destacan por su popularidad Las Glorias de María, Las Visitas al Santísimo Sacramento, La Práctica de Amor a Jesucristo, El Amor del Alma, Las Reflexiones sobre la Pasión de N. S. Jesucristo, La Preparación para la Muerte, y El Gran Medio de la Oración.

En la «Civiltá Cattólica» se dice que San Alfonso M.^a de Ligorio «sobrepaja con gran ventaja a todos los escritores eclesiásticos de los últimos siglos». Nuestra madre la Iglesia lo ha reconocido así al distinguirlo con el glorioso título de «Doctor de la Iglesia». Entre todos los innumerables santos que han

prestigiado la Iglesia solamente 32 han sido honrados con este glorioso título.

Algunos se preguntarán: ¿Qué significa el título de Doctor de la Iglesia? ¿Qué pretende nuestra madre la Iglesia al honrar a ciertos santos con este glorioso título? Lo que significa y lo que pretende la Santa Iglesia al honrar a ciertos santos con esta distinción, no es más que tratar de garantizarnos su doctrina manifestándonos que sus escritos tienen la plena aprobación de la Iglesia. Un santo significa un héroe en la virtud y en el amor de Dios, y un doctor de la Iglesia significa un maestro de doctrina segura a quien podemos seguir con plena seguridad.

Entre los 32 doctores de la Iglesia hay tres que se destacan entre todos por su sabiduría y la importancia de sus escritos. Estos son: En la edad antigua o primeros años del cristianismo San Agustín; en la edad media Santo Tomás de Aquino, y en la edad moderna San Alfonso M.^a de Ligorio.

San Alfonso fué un entusiasta de Santa Teresa de Jesús a quien llama su *abogada* y *maestra*. Como veremos, la cita continuamente en sus obras. Para San Alfonso M.^a de Ligorio, después de las Sagradas Escrituras nada era tan importante como la doctrina de Santa Teresa a quien amaba, admiraba e imitaba. Por su parte, Santa Teresa escribió algo que nosotros podemos muy bien aplicar a San Alfonso. Dice la Santa: «Aquellos libros cuyos autores no eran muy autorizados no me gustaba leer». Y ¿qué autor más autorizado que S. Alfonso Doctor de la Iglesia a quien se le denomina: «*Doctor Celosísimo*», «*Escritor Inspirado*», «*Martillo de Herejes*», «*Príncipe de Moralistas*», «*Patrón de Confesores*» y «*Maestro de Santidad*», etc. etc.?

La doctrina de San Alfonso

Dos razones tenemos muy especiales para confiar plenamente en la doctrina de San Alfonso. La primera es por razón de su santidad. Según él, un santo no puede menos de decir claramente la verdad.

Ha habido autores que han dicho que ciertas expresiones de alabanza que algunos santos dirigieron a la Virgen, eran exageraciones que no podían tomarse a la letra ni aceptar su significado. A esto responde el Santo: «El exagerar las cosas o usar hipérboles es ir contra la verdad, lo cual no hicieron los santos que hablaron con el espíritu de Dios que es espíritu de verdad» (Glorias de María).

La segunda razón para seguir al santo es su sabiduría, aprobada y recomendada por la Iglesia al concederle el honroso título de Doctor.

Ya en vida, cuando al papa Benedicto XIV le consultaban algún problema difícil aconsejaba seguir el consejo del P. Alfonso de Ligorio. Los elogios que los siguientes papas, cardenales, obispos y escritores han hecho de San Ligorio en estos últimos siglos son innumerables y no pueden ser más elogiosos, como pueden verse en el c. 2 del «*Acta Doctoratus*». Razón tuvo, pues, S. S. Gregorio XVI para afirmar que todos pueden seguir con paso firme y seguro los caminos literarios de la doctrina alfonsiana que con paso firme nos encamina de la tierra al cielo (Bula de Canonización).

San Alfonso no era un autor que escribiera corriendo y a la ligera. El mismo confesaba: «En cada libro suelo trabajar el doble que los demás escritores, porque me gusta documentarme bien de cuantos autores tengo a mano». «En este esfuerzo del Santo

—dice un autor— estriba nuestro descanso, y en este su afán, nuestra seguridad, porque en esta preocupación de exponer la más aquilatada doctrina está la tranquilidad de nuestra conciencia».

Dice San Alfonso en su obra «La Selva» que una sola palabra de un santo suele hacer mucho más bien a las almas que un largo discurso de un sacerdote corriente. Pues ya que en vida de ellos no sabemos cuáles son santos, aprovechémonos de sus escritos que harán muchísimo bien a nuestras almas. Elijamos siempre para leer libros de autores santos, y principalmente santos de la talla de San Alfonso, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, Santa Teresa de Jesús, etc. porque estos además de su santidad, tenemos la seguridad que nuestra madre la Iglesia nos da de su doctrina al haberlos honrado con el glorioso título de *Doctores de la Iglesia*.

* * *

Relación de obras de San Alfonso M.^a de Liguorio que pueden pedirse a nuestra Editorial:

Práctica de Amor a Jesucristo

Preparación para la Muerte

El Gran Medio de la Oración

Las Glorias de María, 1.^a Parte

Las Glorias de Maris, 2.^a Parte

El Amor del Alma

La Santidad Sacerdotal (La Selva)

Reflexiones sobre la Pasión de Jesucristo

Conformidad con la Voluntad de Dios

Visitas al Santísimo Sacramento

y la *Vida de San Alfonso M.^a de Liguorio*

AVISO AL LECTOR

Amado lector: te prometí en mi obra de LAS GLORIAS DE MARÍA darte otra que tratara del *Amor de Jesús*; pero a causa de mis corporales achaques, no me ha permitido mi Director espiritual componerlo. Apenas si me ha permitido dar a la estampa estas breves Reflexiones sobre la Pasión del Salvador; mas a fe que en ellas he compendiado los principales pensamientos que tenía recogidos sobre el particular, a excepción de algunas cosas que tenían relación con la Encarnación y Nacimiento del Señor, con el desig- nio, si para ello alcanzo licencia, de publicar un librito con la Novena de Navidad. Confío, sin embargo, que te ha de agradar esta mi obrita, por tener recopilados y en buen orden los principales pasajes de las Santas Escrituras que tratan del amor que JESUCRISTO nos manifestó en el decurso de su Pasión; pues no hay cosa que más mueva al cristiano al amor divino como las mismas palabras de Dios entresacadas de los libros santos. Amemos, pues, con todo corazón a JESU- CRISTO, por ser nuestro Dios, nuestro Salvador y todo nuestro bien; por esto te convido a meditar todos los días sobre su dolorosa Pasión, porque en ella encontrarás todos los motivos que te puedan mover a esperar la vida eterna y alcanzar el amor de Dios, en lo cual está cifrada nuestra salvación.

Todos los santos tuvieron especial devoción a JE-

SUCRISTO y a su Pasión, y por este camino llegaron a muy subida santidad. El Padre Baltasar Alvarez decía, como se lee en su vida, «que nadie pensase haber hecho cosa de provecho si no llegaba a grabar en su corazón la imagen de JESÚS crucificado; y por eso su meditación más frecuente y regalada era ponerse a los pies del crucificado, y allí se recreaba meditando de modo especial tres cosas: la pobreza, los desprecios y los dolores de JESUCRISTO, y se entretenía escuchando las lecciones que JESÚS le daba desde la Cátedra de la Cruz. También tú puedes confiadamente llegar a la santidad si, a ejemplo de los Santos, procuras meditar con frecuencia lo que hizo y padeció tu adorable Redentor.

Pídele que te inflame en su santo amor, y pídeselo también a María, tu Reina y Señora, que se llama la Madre del Amor Hermoso. Y cuando le pidas este gran don del amor, ruégote por favor que se lo pidas también para mí, que para verte santo me he impuesto el trabajo que aquí te ofrezco; yo te prometo hacer por ti otro tanto, a fin de que un día, en el Paraíso, podamos abrazarnos en las mismas llamas de caridad y declararnos por fieles servidores de nuestro amantísimo Señor, en compañía de los elegidos, para contemplar cara a cara y amar eternamente a nuestro amantísimo Salvador JESUCRISTO. Amén.

EL AMOR DEL ALMA

o reflexiones y afectos sobre la Pasión de Jesucristo

INVOCACIÓN A JESÚS Y A MARÍA

¡Oh Salvador del mundo, amador de las almas y el objeto más digno de todos nuestros afectos! Con vuestra Pasión habéis querido conquistar nuestros corazones, y para declararnos el amor infinito que nos tenéis, habéis llevado a cabo la obra de la redención, que, si para nosotros ha sido causa de un cúmulo de gracias y bendiciones, a Vos os acarreó sin cuento de penas y de ignominias. «Y para que de nuestra mente no cayera jamás la memoria de tan grande beneficio, instituyó, dice SANTO TOMÁS, el adorable Sacramento de la Eucaristía, dejando a los fieles en alimento su cuerpo sacratísimo» (1). Y antes ya lo había declarado SAN PABLO por estas palabras (2): *Todas las veces que comiereis este pan, anunciaréis la muerte del Señor.* Con tan grandes prodigios de amor habéis logrado que muchas almas, inflamadas en santos ardores de caridad, renunciasen a todos los bienes de la tierra, para consagrarse a vuestro amor. ¡Oh Señor amabilísimo; oh JESÚS mío!, haced que jamás me olvide de

(1) **Off. Corp. Chr.**, 1. 2. Lec. IV del Breviario.

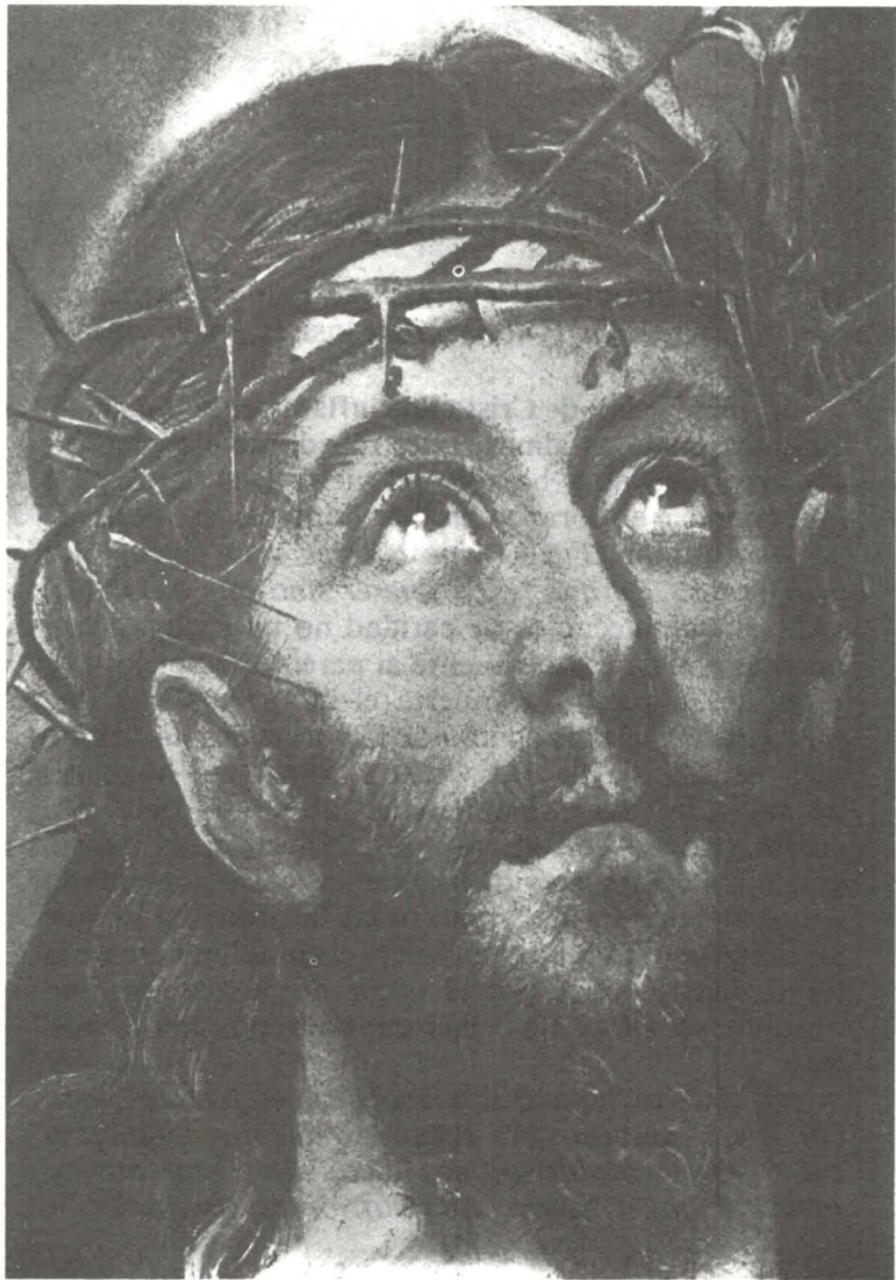
(2) **I. Cor.**, XI, 26.

vuestra Pasión, y que yo, aunque pecador rebelde y miserable, vencido al fin por tantas pruebas de vuestro cariño, me rinda y determine a entregaros mi corazón, en señal de agradecimiento por el excesivo amor que Vos, Dios mío y Salvador mío, me habéis manifestado. Acordaos, JESUS mío, que soy una de aquellas ovejas por la cual descendisteis del cielo a la tierra para sacrificar vuestra vida divina. Bien sé que después de haberme redimido con vuestra muerte no habéis dejado de amarme, y que todavía me tenéis el mismo acendrado amor que os inclinó a morir por mí. No permitáis, Dios mío, que yo responda con ingratitude a los deseos que tenéis de que os ame, siendo así que Vos sois digno de infinito amor.

Y vos, ¡oh, Santísima Virgen María!, que tanto padecisteis en la Pasión de vuestro Hijo, impetradme por vuestros merecimientos la gracia de experimentar una partecita de aquella compasión que tanto os afligió en la muerte de JESÚS, y encended en mi corazón una centella de amor, que fue el verdugo que martirizó vuestro afligido corazón.

«¡Oh, Señor mío JESUCRISTO! Yo os suplico que la fuerza de vuestro amor, más ardiente que el fuego y más dulce que la miel, se apodere de mi alma, para que muera en aras de vuestro amor, ya que por amor mío os habéis dignado morir» (3).

(3) Or. S. Franc. Ass.



Nadie llega al Padre sino por mi

CAPITULO PRELIMINAR

DEL GRAN PROVECHO ESPIRITUAL QUE SE SACA MEDITANDO LA PASIÓN DE JESUCRISTO.

I. La Pasión de Cristo nos inflama en su amor. — El amador de las almas, nuestro adorable Redentor, declaró que había bajado del cielo a la tierra para encender en el corazón de los hombres el fuego de su santo amor. *Fuego vine a traer a la tierra*, dice SAN LUCAS, *¿y qué he de querer sino que arda?* (1). ¡Ah! ¡y qué incendios de caridad no ha levantado en muchas almas, especialmente al patentizar por los dolores de su pasión y muerte el amor inmenso que nos tiene! ¡Cuántos enamorados corazones ha habido que en las llagas de Cristo, como en hogueras de amor, se han inflamado de tal suerte, que para corresponderle con el suyo no titubearon en consagrarle sus bienes, su vida y todas sus cosas, superando con gran entereza de ánimo todas las dificultades que les salían al paso para estorbarles el cumplimiento de la ley divina, guiados por el amor de JESUS, que, no obstante ser Dios, quiso padecer tanto por amor nuestro!

¿Y qué es lo que nos aconseja el Apóstol para correr sin cansarnos por el camino que nos conduce al cielo? *Pues considerar*, nos dice, *considerar atentamente a aquel Señor, que sufrió tal contradicción*

(1) Luc., XII, 49.

de los pecadores contra su misma persona, a fin de que no desmayéis perdiendo vuestros ánimos (2).

Por esto el enamorado SAN AGUSTÍN, o quien quiera que sea el autor de esta oración, contemplando a JESÚS crucificado y cubierto de llagas, exclama: «Graba, Señor, tus llagas en mi corazón, para que me sirvan de libro donde pueda leer tu dolor y tu amor; tu dolor, para soportar por ti toda suerte de dolores; tu amor, para menospreciar por el tuyo todos los demás amores.» Porque teniendo ante mis ojos el retablo de los muchos trabajos que por mí, Dios santo, has padecido, sufriré con paz y alegría todas las penas que me sobrevengan, y en presencia de las pruebas de infinito amor que en la cruz me diste, ya nada amaré ni podré amar fuera de ti.

II. Los Santos aprendieron en la Pasión de Cristo a padecer y amar de veras. — ¿De dónde, decidme, sacaron los Santos valor y entereza para soportar tantos géneros de tormentos, de martirios y de muertes, sino de la Pasión de JESÚS Crucificado? Al ver SAN JOSÉ DE LEONISA, religioso capuchino, que querían atarle con cuerdas, porque el cirujano tenía que hacerle una dolorosa operación, el Santo, tomando en las manos el Crucifijo, exclamó: «¡Cuerdas!, ¿para qué las quiero yo? Aquí tengo a mi Señor Jesucristo clavado en la cruz por mi amor, estas son las cadenas que me atan y me obligan a soportar cualquier tormento por su amor.» Y tendido en la mesa, sufrió la operación sin exhalar una queja (3) pensando en JESÚS, que, como profetizó ISAIAS, guardaba *silencio, sin abrir siquiera la boca, como el*

(2) Hebr., XII, 3.

(3) Z. BOVERIO, *Anales de los Capuchinos*, A. 1612, núm. 155.

corderito que está mudo delante del que le esquila (4). ¿Quién podrá decir que padece sin razón al ver a JESUS *despedazado por nuestras maldades*? (5). ¿Quién rehusará sujetarse a obediencia, so pretexto de que le mortifica, al recordar que JESÚS *fue obediente hasta morir*? (6). ¿Quién se atreverá a hurtar el cuerpo de la humillación viendo a JESÚS tratado como loco, como rey de burlas y como malhechor; al verle abofeteado, escupido y clavado en un patíbulo infame?

Y ¿quién podrá amar a las criaturas y olvidarse del amor de JESÚS al verle morir sumergido en el piélagos de dolores y desprecios para ganar nuestro amor? Un devoto solitario pedía al Señor que le enseñase el camino más seguro para llegar a la conquista de su perfecto amor. Y el Señor le reveló que para conseguir su intento el medio más a propósito era meditar con frecuencia los dolores de su Pasión. Lloraba SANTA TERESA y se lamentaba porque algunos libros le habían enseñado a dejar la meditación de la Pasión de Cristo, por ser impedimento que podía estorbarle la contemplación de la divinidad. Al caer la Santa en la cuenta del engaño exclamó: ¡Oh, Señor de mi alma y bien mío, JESUCRISTO crucificado!, no me acuerdo vez de esta opinión que tuve, que no me dé pena; y me parece que hice una gran traición, aunque con ignorancia. ¿Es posible, Señor mío, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que Vos me habíades de impedir para mayor bien? ¿De dónde me vinieron a mí todos los bienes, sino de Vos?...» Y luego añade: «Y veo ya claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta

(4) *Is.*, LIII, 7.

(5) *Ib.*, V, 5.

(6) *Phil.*, II, 8.

Humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita» (7).

Por esta razón decía el PADRE BALTASAR ALVAREZ que por ignorar los tesoros que tenemos en JESUCRISTO se pierden muchos cristianos: movido de este parecer, su meditación más frecuente y regalada versaba sobre la Pasión de Cristo, en la cual se recreaba, meditando de modo especial la pobreza, los desprecios y los dolores de JESUCRISTO, y exhortaba a sus penitentes a que meditasen a menudo la Pasión del Redentor, diciéndoles que no creyesen haber hecho cosa de provecho si no llegaban a grabar en su corazón la imagen de JESÚS CRUCIFICADO (8).

III. El Crucifijo, escuela de santidad. — «Si quieres, alma devota, crecer siempre de virtud en virtud y de gracia en gracia, procura meditar todos los días de la Pasión de JESUCRISTO.» Esto es de SAN BUENAVENTURA, y añade: «No hay ejercicio más a propósito para santificar tu alma que la meditación de los padecimientos de JESUCRISTO».

SAN AGUSTÍN añade «que vale más una lágrima derramada en memoria de la Pasión de Cristo que hacer una peregrinación a Jerusalén y ayunar a pan y agua durante un año» (9). En efecto, si nuestro amantísimo Salvador padeció tantos trabajos, fue para que de continuo los recordásemos, porque pensando en ellos es de todo punto imposible que no ardamos en las llamas de su santo amor. *La caridad de Cristo*, dice SAN PABLO, *nos hace fuerza* (10). Pocos

(7) *Vida*, cap. 22. *Obras*, I, 165-169.

(8) Ver LUIS DE LA PUENTE. *Vida*, cap. III, 2.

(9) Citado por Bernardino de Bustos, O. M. *Rosarium Sermonum*, p. II. Sermo 15.

(10) *II Cor.*, V. 14.

son los que aman a JESUCRISTO, porque son también pocos los que se detienen a pensar lo mucho que por nosotros padeció; al paso que no puede vivir sin amarle el que con frecuencia medita en su dolorosa Pasión, *porque la caridad de Cristo nos fuerza a amarle*; de tal modo se sentirá apretado por su amor, que no podrá resistir a las caricias de un Dios tan enamorado de los hombres y que tanto ha padecido por ellos.

IV. El Crucifijo, escuela de divina sabiduría. — El Apóstol SAN PABLO decía que sólo ambicionaba saber la ciencia del Crucificado, es decir, el amor que nos manifestó desde el madero de la cruz. *No me he preciado de saber otra cosa entre vosotros*, escribe a los Corintios, *que a JESUCRISTO, y éste crucificado* (11). Y a la verdad, ¿en qué libro podemos aprender la ciencia de los Santos, que consiste en amar a Dios, mejor que en JESÚS crucificado? El gran siervo de Dios FRAY BERNARDO DE CORLEON, religioso capuchino, no sabía leer; al ver que sus hermanos de religión le querían enseñar, BERNARDO pidió consejo al Crucifijo, y JESUCRISTO desde la cruz le respondió: «Te sobran los libros; no te hacen falta lecturas; Yo soy libro abierto donde puedes leer de continuo el amor que te he manifestado (12). El asunto más grande y más digno de nuestra meditación durante la vida y por toda la eternidad es la muerte de un Dios por amor del hombre.

Visitando cierto día SANTO TOMAS A SAN BUENAVENTURA, le preguntó de qué libro había sacado tan excelente y copiosa doctrina como ponía en sus obras.

(11) I Cor., II, 2.

(12) *Vida de Fray Bernardo de Corleón*, por GABRIEL DE MODIGLIANA, l. I, cap, XII.

SAN BUENAVENTURA le presentó un Crucifijo, ennegrecido ya por los muchos besos que le había dado y le dijo: «Este es el libro que me dicta todo lo que escribo; lo poco que sé, aquí lo he aprendido» (13).

Todos los Santos han aprendido en el libro del Crucifijo el arte de amar a Dios. FRAY JUAN DE ALVERNIA no podía detener las lágrimas que brotaban de sus ojos con sólo ponerlos en las llagas de JESÚS (14). Cuando FRAY JACOBO DE TUDERTO oía leer la pasión del Redentor, no sólo derramaba torrentes de lágrimas, sino que henchía los aires con gritos desgarradores, que daban claro indicio del incendio de amor divino que ardía en su pecho (15).

Estudiando SAN FRANCISCO DE ASÍS los dolores de JESUCRISTO, llegó a trocarse en serafín de amor (16). Tantas lágrimas derramó meditando las amarguras de JESUCRISTO, que estuvo a punto de perder la vista (17). Encontráronle cierto día hechos fuentes los ojos y lamentándose a grandes voces. Cuando le preguntaron qué tenía respondió: «¡Qué he de tener!... Lloro los dolores y las ignominias de mi Señor, y lo que me causa mayor tormento, añadió, es ver la ingratitud de los hombres que no le aman y viven de El olvidados (18). Bastábale oír el balido de un cordero para romper en amargas lágrimas y suspiros pensando en la muerte de JESUCRISTO, cordero sin mancilla, sacrificado en el ara de la cruz por nuestros pecados (19), y por esto el Santo enamorado del divino Crucificado, no se

(13) WADINGO, *Anales Minorum*, año 1260, n. 20.

(14) WADINGO, *Anales Minorum*, año 1259, n. 7.

(15) WADINGO, *Anales Minorum*, año 1238, n. 38 y 40.

(16) S. BUENAVENTURA, *Legenda S. Francisci*, capítulo XIII, n. 3. Obras VIII, 1898, pág. 542.

(17) MARCOS DE LISBOA, *Crónica de S. Francisco*, p. 1, lib. I, Cap. 86.

(18) MARCOS DE LISBOA, *Crónicas de S. Francisco*, p. 1, l. I, cap. 86.

(19) S. BUENAVENTURA, *Legenda S. Francisci*, capítulo VIII, n. 6.

cansaba de exhortar a sus hermanos a que pensasen siempre en la Pasión de JESÚS (20).

JESÚS crucificado debe ser el libro en el cual, a ejemplo de los Santos, debemos leer de continuo, para aprender a aborrecer el pecado, y a inflamarnos en el amor de un Dios tan amante; porque en las llagas de Cristo leeremos la malicia del pecado, que le condenó a sufrir muerte tan cruel e ignominiosa para satisfacer a la Justicia divina, y las pruebas de amor que JESUCRISTO nos ha tenido, sufriendo tantos dolores cabalmente para declararnos lo mucho que nos amaba.

Pidamos a María, Madre de Dios, que nos alcance de su Hijo la gracia de entrar en aquellas hogueras de amor donde se han inflamado tantos corazones, a fin de que, purificados de todos los afectos terrenos, podamos arder en aquellas felices llamas que santifican a las almas en la tierra y las hacen bienaventuradas en el cielo. Amén.

(20) MARCOS DE LISBOA, *Crónicas de S. Francisco*, loc. cit.

CAPITULO PRIMERO

DEL AMOR QUE JESUCRISTO NOS HA MANIFESTADO,
QUERIENDO SATISFACER EL MISMO A LA JUSTICIA
DIVINA POR NUESTROS PECADOS.

I. Jesucristo ofrece su vida por el esclavo. — La historia nos refiere un suceso en el cual se pone de manifiesto tan gran prodigio de amor, que será la admiración de todos los siglos. Un rey, señor de muchos estados, tenía un solo hijo, tan santo, tan amable y tan agraciado, que formaba las delicias de su padre, el cual le amaba como a sí mismo. El joven príncipe alimentaba en su corazón entrañable cariño a uno de sus esclavos. Mas aconteció que el esclavo cometió un crimen, que debía expiar con la muerte. Al saberlo, el príncipe se ofreció a morir por el culpable, y el rey justiciero y celoso de sus derechos, convino en dar la muerte a su hijo idolatrado para librar al rebelde del merecido castigo. De este modo subió al cadalso el hijo inocente, y el esclavo culpable quedó en libertad.

Pues bien, este suceso, sin segundo en los anales de la humanidad, está consignado en el santo Evangelio; en él leemos que el Hijo de Dios y Señor del Universo, se dignó tomar carne humana y pagar con su muerte la pena eterna, que el hombre merecía por haber sido rebelde a su Hacedor. *Se ofreció*, dice ISAIAS,

porque *El mismo lo quiso* (1). Y el Padre Eterno consintió que su Hijo muriera en cruz para salvarnos a nosotros, desventurados pecadores. *A su propio Hijo no perdonó*, añade SAN PABLO, *sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros* (2). ¿Qué te parece, alma devota, de este amor del Hijo y del Padre?

¡Amadísimo Redentor mío!, ¡conque para alcanzarme el perdón de los pecados habéis querido sacrificar vuestra vida en el ara de la cruz! ¿Qué os daré yo en agradecimiento de tan gran beneficio? Con mil títulos me habéis obligado a amaros, y si no os amase con todo mi corazón sería un monstruo de ingritud. Vos habéis puesto a mi servicio vuestra vida divina; yo, aunque miserable pecador, os ofrezco también la mía. Sí, Dios mío, a lo menos lo que me resta de vida quiero emplearlo en amaros, obedeceros y complaceros.

II. Jesucristo ofreció su vida por el esclavo pecador.

Amemos, mortales, amemos a nuestro Redentor, que a pesar de ser Dios no tuvo por caso de afrenta cargarse con nuestros pecados para satisfacer con sus penas los castigos que por ellos merecimos. *Es verdad*, dice ISAIAS, *que El mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades* (3). Dice a este propósito SAN ANSELMO «que el Señor, para criarnos, apeló a su omnipotencia; mas para redimirnos y librarnos de la muerte puso por fundamento sus dolores y trabajos» (4).

¡Oh JESÚS, Salvador mío!, es tanto lo que os debo, que no podría saldar mis deudas ni aunque mil veces

(1) Is., LIII, 7.

(2) Rom., VIII, 32.

(3) Is., LIII, 4.

(4) In Io., tr. 15, n. 6.

derramara por Vos mi sangre, ni diese mil veces la vida. Si yo pensase como debo en el amor que durante vuestra Pasión me habéis manifestado, ¿cómo podría dejar de amaros para amar las criaturas? Pues bien, por aquel amor que me teníais en lo alto de la cruz, otorgadme la gracia de amaros con todo mi corazón. Os amo, bondad infinita, os amo sobre todas las cosas; sólo os pido vuestro santo amor.

Pero, ¿cómo es esto, torna a preguntar SAN AGUSTIN, cómo es posible que vuestro amor, ¡oh Salvador del mundo!, haya podido llegar a tal extremo que siendo yo el pecador hayáis Vos pagado la pena de mi crimen? (5). Y ¿qué os importaba que todos fuésemos condenados y castigados como merecíamos? ¿Por qué habíais de expiar nuestros pecados padeciendo en vuestra carne inocente y morir para librar-nos de la muerte eterna? «¡Oh, buen JESÚS!, exclama SAN BERNARDO, ¿qué interés os mueve a obrar así? Nosotros estábamos condenados a muerte, ¿y Vos pagáis las deudas?; nosotros somos los pecadores, y ¿Vos la víctima? ¡Oh, acción sin ejemplo, oh, gracia no merecida, oh, amor incomprensible, por ser sin tasa ni medida!» (6).

De antemano nos había dicho ISAÍAS que nuestro adorable Redentor debía padecer muerte de cruz y *ser conducido como oveja al matadero* (7). ¡Qué asombro, oh Dios mío, no debió causar a los ángeles el ver a su inocente Señor que era llevado como víctima que se había de sacrificar en el ara de la cruz por amor del hombre! ¡Qué espanto no causó en el cielo

(5) Med. c. VII.

(6) Cfr. LOHNER, *Bibliotheca concionatoria*, tit. 110. *Passio Christi*, III, n. 1.

(7) Is., LIII, 7.

y en el infierno ver a todo un Dios injustificado y pendiente de la cruz por los pecados de sus criaturas!

III. Cristo quiso con sus dolores librarnos de la maldición y purificarnos de las manchas de nuestros pecados. — JESUCRISTO, dice SAN PABLO, *nos redimió de la maldición de la ley, habiéndose hecho por nosotros objeto de maldición; pues está escrito: maldito todo aquel que es colgado en un madero* (8). Glosando estas palabras, SAN AMBROSIO dice: «Quiso pasar por la maldición y afrenta de la cruz para que tú fueses bendito en el reino de los cielos» (9).

¡Oh amadísimo Salvador mío!; para alcanzarme las divinas bendiciones, quisisteis morir deshonrado en el patíbulo de la cruz, maldecido de todos y de todos abandonado, hasta de vuestro eterno Padre, que por esto os visteis obligado a exclamar: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me habéis desamparado?* (10). Explicando SIMON DE CASIA estas palabras, dice: «JESÚS quedó desamparado en las agonías de su Pasión, para que Dios no nos abandonase en nuestros pecados» (11). ¡Oh, prodigio de bondad! ¡Oh, exceso del amor de Dios para con los hombres! Y ¿cómo puede haber, JESÚS mío, almas que esto crean y no os amen?

JESUCRISTO *nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre* (12). Ved, oh mortales, a qué extremo de amor llegó Cristo, puesto que para limpiar las manchas de nuestros pecados quiso prepararnos un baño de salud con su propia sangre. «Ha ofrecido por nosotros su sangre, dice un docto escritor, que

(8) Gal. III, 13.

(9) Epis. 47 ad Sabinum.

(10) Matth., XXVII, 46.

(11) Libr. 13 de P. D.

(12) Apoc., I, 5.

clama mejor que la de Abel: la sangre de Abel pedía justicia; la de Cristo demanda misericordia» (13). «Pero, oh, buen JESÚS!, exclama SAN BUENAVENTURA, ¿qué es lo que habéis hecho? ¿Adónde os han llevado vuestros transportes de amor? ¿Quién soy yo para que os hayáis prendado de mí?» (14). ¿Por qué habéis querido padecer tanto por mi amor? ¿En tan grande estima lo teníais, que lo quisisteis comprar a tanto precio? Todo esto ha sido obra de vuestro infinito amor. Sea por siempre bendito y alabado.

Vosotros, todos los que pasáis por este camino, paraos a contemplar si hay dolor como el mío (15). El Seráfico Doctor considera estas palabras de JEREMÍAS como pronunciadas por nuestro Redentor cuando estaba agonizando en la Cruz por nuestro amor, y exclama: «Yo, Señor, me detendré a considerar si hay amor semejante al vuestro». Es decir, bien veo y entiendo, afligidísimo Señor mío, cuánto habéis padecido en el infame madero de la Cruz; pero lo que más me fuerza a amaros es el entender el amor que con tanto padecer me habéis manifestado, obligándome a responder a vuestro afecto con el mío.

IV. Cristo padeció por todos y cada uno de nosotros. — El pensamiento que más encendía a SAN PABLO en el amor de JESUCRISTO era considerar que no sólo murió por todos los hombres en general, sino también por él en particular. *Me amó, exclamaba, y se entregó por mí a la muerte* (16). Esto mismo podemos decir todos nosotros, porque, como asegura SAN JUAN CRISOSTOMO, «Dios ama con tan entrañable amor

(13) CONTENSON, L. 10, d. 4, c. 1.

(14) *Stim. div. am.*, p. 1, c. 13.

(15) *Thren.*, I, 12.

(16) *Gal.*, II, 20.

a cada hombre en particular como a todo el Universo» (17). De suerte que, si bien JESUCRISTO padeció por todos, yo estoy obligado a amarle como si únicamente hubiera padecido por mí.

Ahora bien; si JESÚS hubiera muerto únicamente para salvarte a ti, dejando a todos los demás envueltos en la general ruina, ¿cuán grande no debiera ser tu agradecimiento para con El?; pues has de advertir que le debes estar más agradecido por haber muerto para salvar a todos. Si únicamente hubiera padecido por tu amor, ¿qué género de aflicción dejaras de experimentar al considerar que tus parientes, tus padres, tus hermanos y amigos se habían de condenar, y que después de la muerte habías de vivir separado de ellos eternamente? Si en compañía de toda tu familia hubieras caído en la más ominosa esclavitud, y viniera un corazón compasivo a rescatarte a ti sólo, ¿no le suplicarías con mil ruegos y lágrimas que librase también de tan duro cautiverio a tus padres y hermanos? Y si por complacerte accediese a ello, ¿no se lo agradecerías? Por esto puedes decir a JESUCRISTO con todas las veras de tu corazón:

¡Amadísimo Redentor mío!, esta obra admirable de caridad habéis llevado a buen término sin que yo os la pidiera; pero no sólo me habéis rescatado a mí de la muerte con el precio de vuestra sangre, sino también a mis parientes y amigos, de suerte que, fundamentalmente, puedo esperar gozar en su compañía de Vos en el Cielo por toda la eternidad. Gracias os doy, Señor mío, y espero dároslos en el Cielo y amaros eternamente en aquella patria bienaventurada.

V. Jesucristo, como Pastor de nuestras almas, ha

(17) In Gal., II, 20.

muerto por darnos la vida. — ¿Y quién podrá jamás acertar a comprender el amor que el Verbo divino nos tiene a cada uno de nosotros? El de Cristo vence al amor que un hijo tiene por su madre, y el que una madre profesa a su hijo. Así nos lo advierte SAN LORENZO JUSTINIANO cuando dice: «La inefable caridad que nos tiene el Verbo de Dios sobrepuja a todo afecto maternal y filial; y no hay palabras que nos puedan decir el amor que tiene a cada uno de nosotros» (18). De suerte que como el Señor reveló a SANTA GERTRUDIS, estaría dispuesto a morir tantas veces cuantas son las almas que hay en el infierno, si todavía fueran susceptibles de redención (19).

¡Oh, JESÚS!, digno de ser amado con infinito amor, ¿por qué los hombres os aman con tan menguado amor? Dadles, pues, a conocer lo que por cada uno de ellos habéis padecido, el amor que les habéis manifestado, el deseo que tenéis de que todos correspondan a vuestro amor, y, finalmente, las inefables cualidades que tenéis para que de Vos se enamoren. ¡Oh, JESÚS MÍO!, daos a conocer, haceos amar.

Yo soy el buen Pastor, dice JESUCRISTO, *y el buen pastor da la vida por sus ovejas* (20). Pero, Señor, ¿dónde dar con pastores semejantes a Vos? Los pastores, que todos conocemos, dan muerte a sus ovejas para conservar ellos la vida, mientras que Vos, Pastor amorosísimo, habéis sacrificado vuestra vida divina para devolverla a vuestras amadas ovejas; y en el número de estas ovejas, ¡oh, Pastor amadísimo!, tengo yo la gran ventura de encontrarme. ¿Quién no advierte por esta razón cuán obligado estoy a amaros y a dar mi vida por vuestro amor, ya que habéis muer-

(18) *De Tr. Chr. Ag.*, c. 5.

(19) *Revelaciones*, l. 7, c. 19.

(20) *Io.*, X, 11.

to por mí de modo especial? ¿Por qué no poner toda mi confianza en vuestra preciosa sangre, derramada para borrar las manchas del pecado? Bien puedo decirnos con ISAÍAS: *Te alabaré, ¡oh, Señor!, porque Dios es el Salvador mío; viviré lleno de confianza, y no temeré* (21). ¿Cómo, ¡oh, Dios mío!, podré desconfiar de vuestra misericordia al contemplar vuestras llagas? Vayamos, pobres pecadores, y acudamos a JESÚS, que ha convertido su cruz en trono de misericordia, logrando aplacar a la divina Justicia, irritada contra nosotros. Si hemos ofendido a Dios, JESUCRISTO ha hecho penitencia por nosotros; lo único que nos pide es que nos arrepintamos de nuestros pecados.

¡Amadísimo Salvador mío!, ¡a qué extremo os ha llevado la piedad y el amor que me habéis tenido! Delinque el esclavo, y Vos, Señor, os ofrecéis a pagar la pena de su delito. Si pienso, pues en mis pecados, debo temblar por los castigos que me han merecido; pero, al recordar vuestra Pasión y muerte, tengo más fundados motivos de esperar que de temer. ¡Oh, sangre preciosa de Cristo, tú eres el fundamento de toda mi esperanza!

VI. La Pasión de Cristo nos obliga a amarle. — Pero si la sangre de Cristo es fuente de confianza, nos obliga también a consagrar todos los afectos del corazón a nuestro amoroso Redentor. *¿Por ventura ignoráis, dice SAN PABLO, que ya no sois de vosotros, puesto que fuisteis comprados a gran precio?* (22).

¡Oh, JESÚS mío!, sin manifiesta injusticia no puedo disponer de mí y de mis cosas, porque habiéndome comprado con vuestra muerte, he venido a ser pro-

(21) Is., XII, 1-2.

(22) 1 Cor., VI, 19-20.

piEDAD vuestra; mi cuerpo, mi alma y mi vida ya no son míos, son vuestros, con absoluto dominio y señorío.

Por tanto, sólo en Vos espero, ¡oh, Salvador mío!, sólo a Vos quiero amar, ¡oh Dios crucificado y muerto por mí! No tengo que ofreceros más que esta alma, rescatada con vuestra sangre, y esto es lo que os ofrezco. Ya que sólo Vos sois el objeto de todos mis deseos, dadme licencia para amaros, ¡oh Salvador y Dios mío!, mi amor y mi todo. Hasta ahora he mostrado mi agradecimiento a los hombres, sólo con Vos he sido ingrato, mas al presente os amo, y lo que más me atormenta es haberos disgustado en mi pasada vida. ¡Oh JESÚS mío!, dadme confianza en vuestra Pasión y arrancad de mi corazón todos los afectos que a Vos no vayan dirigidos. Sólo a Vos quiero amar, puesto que merecéis todo mi amor que tanto habéis hecho por cautivarlo. ¿Quién podrá rehusar amaros, al considerar que sois el Hijo amadísimo del Eterno Padre, y que por vuestro amor habéis querido acabar la vida con muerte tan cruel e ignominiosa?

¡Oh, María, Madre del Amor Hermoso!, por los méritos de vuestro inflamado corazón, impetradme la gracia de gastar toda mi vida en amar a vuestro Hijo, que siendo por sus cualidades digno de infinito amor, ha querido conquistar a tanta costa el afecto de un pecador tan miserable como yo.

¡Oh JESÚS mío!, amor de las almas, os amo, os amo, os amo; pero os amo demasiado poco; dadme más encendido amor, dadme más llamas de amor, que me obliguen a vivir de continuo inflamado en vuestro amor; verdad es que yo no merezco tan grande gracia, pero la merecéis Vos, bondad infinita. Amén, así lo espero, así sea.

CAPITULO II

JESUCRISTO QUISO PADECER TANTOS TRABAJOS POR NUESTRO AMOR, PARA MANIFESTARNOS EL GRANDE AMOR QUE NOS TIENE.

I. La Cruz, manifestación del amor de Cristo. — Según CICERÓN, «hay dos cosas que dan a conocer al verdadero amante: hacer bien a la persona amada y padecer por ella, y esto de padecer es la prueba más palmaria del amor. Harto había manifestado Dios al hombre el amor que le tenía otorgándole tantos beneficios, pero no estaba satisfecho el corazón de Dios con sólo manifestar al hombre con favores el amor que abrigaba en su pecho; quiso hallar otro medio de darle a entender hasta dónde llegaba su amor, y por eso quiso vestirse de la naturaleza humana, para padecer y morir por el hombre. Esto es de SAN PEDRO CRISÓLOGO, que dice: «Pareció a Cristo haber hecho bien poco si no manifestaba su amor padeciendo toda suerte de trabajos» (1). Y ¿qué medio más a propósito podía inventar nuestro Dios para declararnos su amor infinito que hacerse hombre y padecer por nosotros? «No había medio mejor que éste para darnos pruebas de su amor» (2), escribe a este propósito SAN GREGORIO NACIANCENO.

(1) Sermón 69.

(2) Ep. 101 ad Cledonium.

¡Amadísimo JESÚS mío!, demasiado habéis sufrido para manifestar vuestro amor y cautivar mi afecto con vuestra bondad; por esto os haría gravísima injusticia si os amase con tibieza, o si dividiese mi amor entre Vos y las criaturas.

La prueba más patente del amor que nos tiene JESUCRISTO es, según CORNELIO ALAPIDE (3), presentarse a nuestra vida cubierto de llagas, crucificado y muerto por nosotros. Ya antes había dicho SAN BUENAVENTURA que Jesús en su Pasión nos dio a entender su amor incomparable, llevado hasta los últimos límites (4). Cuando el Redentor quiso morir por nuestra salvación se puso de manifiesto hasta dónde llegaba el amor que un Dios tenía a sus criaturas. *Apareció, dice SAN PABLO, la benignidad y amor de Dios, nuestro Salvador, para con los hombres* (5).

¡Oh Dios enamorado del hombre!, ahora comprendo cómo todas vuestras llagas están pregonando el amor que me tenéis; ¿quién podrá resistir a tantas pruebas de vuestro amor y negaros el suyo? Razón tenía SANTA TERESA para exclamar: «¡Oh Señor y verdadero Dios mío!, quien no os conoce, no os ama. ¡Oh qué gran verdad es ésta!» (6).

II. La mayor prueba de amor, dar la vida por el amado. — Ciertamente que JESUCRISTO podía salvarnos sin padecer y llevando en la tierra vida cómoda y regalada; pero no lo quiso, pues como dice SAN PABLO: *Propuéstole gozo, se abrazó con la cruz* (7). Renunció las riquezas, los placeres y las honras munda-

(3) In 1 Cor., 1, 25.

(4) De pass., c. 41, n. 132.

(5) Tit., III, 4.

(6) S. TERESA, Exclamaciones del alma a Dios, XIV. Obras IV, 287.

(7) Hebr., XII, 2.

nas, y se escogió vida pobre, que acabó con muerte cargada de afrentas y de dolores. ¿Por qué hacer tan extraña elección? ¿No hubiera sido suficiente para salvar al mundo y a infinitos mundos una breve oración dirigida a su Eterno Padre en favor del hombre, puesto que, siendo de valor infinito, podría luego alcanzarle el perdón? ¿Por qué padecer tantos trabajos y muerte tan cruel, que, como dice un autor, «la violencia del dolor le arrancó el alma del cuerpo?» (8). ¿Para qué entregarse a tantos extremos de dolor, cuando sólo se trataba de redimir al hombre? Responde SAN JUAN CRISÓSTOMO, y dice: «Lo que bastaba para la redención, no bastaba para manifestarnos su amor» (9). Una simple plegaria de Cristo era harto suficiente para redimirnos, pero no lo era para declarararnos el amor que nos tenía. De este parecer es también SANTO TOMÁS, quien dice: «Sufriendo Cristo por amor, satisfizo a la divina justicia más de lo que reclamaba la ofensa hecha por el género humano (10). Amándonos el Redentor con amor entrañable, quería que le correspondiésemos con el nuestro, y para lograr su intento no perdonó fatigas y trabajos hasta darnos a entender que apenas podía hacer más para conseguirlo. «Quiso padecer mucho, dice SAN BERNARDO, a fin de recabar del hombre que le amase con todo su corazón» (11).

¿Qué mayor prueba de cariño puede darse a un amigo que dar la vida por su amor? *Nadie tiene amor más grande*, dice JESUCRISTO, *que el que da la vida por sus amigos* (12). «Pero Vos, amantísimo Salvador

(8) CONTENSON, *Theologia mentis et cordis*, l. 10, d. 4, c. 1, sp. 1.

(9) *In epist. ad Ephes.* hom. 3, n. 3.

(10) P. 3, q. 48, a. 2.

(11) *In Cant.*, s. 11, n. 7.

(12) *Ioan.*, XV, 13.

mío, exclama SAN BERNARDO, habéis hecho más; vuestra caridad os llevó a dar la vida, no por vuestros amigos, sino por vuestros más rebeldes enemigos» (13). Esto nos lo recuerda también SAN PABLO cuando escribe: *Lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros es que aun cuando éramos enemigos suyos, fue cuando al tiempo señalado murió Cristo por nosotros* (14).

Vos, JESÚS mío, habéis querido morir por mí, siendo yo vuestro enemigo; ¿podré resistir todavía a tanto amor? Ya que suspiráis porque os ame, os amo sobre todas las cosas; sólo a Vos quiero amar, sin consentir que mi corazón se apegue al amor de las criaturas.

III. El amor, primera causa de la pasión de Cristo. — El fin principal que se propuso JESUCRISTO en su Pasión fue el manifestarnos su amor y conquistarse el nuestro con la memoria de los trabajos que había padecido por nosotros. «Esta fue, dice SAN JUAN CRISÓSTOMO, la primera causa de la Pasión del Señor: dar a entender cuánto amaba Dios al hombre, pues quería ser más amado que temido» (15). «Por medio de la Pasión, añade SANTO TOMÁS, hemos llegado a rastrear la grandeza del amor que Dios tiene al hombre» (16). Que es lo que ya había dicho SAN JUAN por estas palabras: *En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que el Señor dio su vida por nosotros* (17).

¡Oh JESÚS mío, Cordero sin mancha sacrificado por mí en el ara de la cruz!, haced que no pierda el

(13) Serm. de P. Dom., n. 4.

(14) Rom., V. 8, 9.

(15) De pass., S. 6.

(16) P. 3, q. 46, a. 3, c.

(17) I Io., III, 16.

fruto de tantos trabajos vuestros; obrad de suerte que alcance el fin por el cual tanto habéis padecido. Estrechadme con las dulces cadenas de vuestro amor, a fin de que jamás me aparte de Vos. ¡Dulcísimo JESÚS mío!, no permitáis que me separe de Vos!

Dice SAN LUCAS (18) que, hablando Moisés y Elías en el monte Tabor de la Pasión de Cristo, llamaron exceso; «exceso de dolor y exceso de amor», añade SAN BUENAVENTURA. Con razón, pues, fue llamada exceso la Pasión de JESUCRISTO, porque fue exceso de dolor y de amor. ¿Qué más pudo padecer, añade un piadoso escritor, de lo que padeció? Llevó su amor hasta los últimos límites» (19). La ley de Dios nos manda amar al prójimo como a nosotros mismos; pero JESUCRISTO, dice SAN CIRILO, «amó a los hombres más que a sí mismo» (20).

¡Amado Redentor mío!, vuestro amor llegó al extremo de amarme más que a Vos mismo, puesto que para salvarme habéis querido perder vuestra vida divina, de valor infinitamente mayor que la vida de los hombres y ángeles juntos. «Me amasteis más que a Vos mismo, os diré con SAN AGUSTÍN, ya que habéis querido morir por mí» (21).

«¡Oh Dios de infinito amor!, exclama el abad GUERRICO, por el amor del hombre os habéis prodigado a Vos mismo, si es lícito hablar así. Pues qué, ¿no es admirable prodigalidad dar no sólo vuestros bienes, sino entregaros a Vos mismo para rescatar al hombre?» ¡Oh prodigio, oh exceso de amor, digno tan sólo de una bondad infinita! (22). «Y ¿quién hu-

(18) Luc., IX, 31.

(19) Contenson, l. X, d. 4, c. 1, spec. 1.

(20) In Ioan Ev., lib. 9.

(21) So. an. ad D. c. XIII.

(22) In Pent., Sermo I, 1.

biera jamás podido sondear la inmensidad de vuestro amor, añade SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, y acertar a comprender que amabais tanto a miserables gusanillos que por ellos os ofrecierais a padecer muerte de cruz? Tan grande amor, añade el mismo Santo, excede a toda medida, no cabe en humana inteligencia» (23).

Si tanto nos agrada vernos amados de un gran personaje, mayormente si puede levantarnos a gran fortuna, ¿cuánto más grato y dulce no ha de ser vernos amados de todo un Dios, que puede proporcionarnos una vida eterna? En la antigua ley podía el hombre dudar de que Dios le amase con ternura; mas después de haberle visto suspendido de un patíbulo derramando toda su sangre y muriendo por nosotros, ¿cómo podemos dudar de que nos ame con toda la ternura de su corazón? Mira, alma mía, mira a JESÚS pendiente de la cruz cubierto de heridas; por las abiertas llagas se descubre el incendio de amor que arde en su enamorado pecho. «Por las llagas del cuerpo, dice SAN BUENAVENTURA, se descubren los secretos del corazón» (24).

¡Amantísimo JESÚS mío!, muévase a compasión mi alma al veros morir en este infame madero saturado de oprobios; pero me siento a la vez consolado y abrasado en vuestro amor, al contemplar a través de vuestras llagas el cariño que me profesáis. Serafines de la gloria, ¿qué pensáis del amor de nuestro Dios, *que me amó y se entregó a sí mismo por mí?* (25).

IV. El amor de Cristo llegó hasta la locura de la Cruz. — Cuando los gentiles oían que Cristo había

(23) *In festo Natalis Domini*, concio 3, n. 7.

(24) *In Cant.*, s. 61, n. 4.

(25) *Gal.*, II, 20.

muerto crucificado por los hombres, no lo podían creer y lo tenían por gran locura. *Nosotros predicamos a Cristo crucificado*, dice SAN PABLO; *lo cual para los judíos es motivo de escándalo, y parece una locura a los gentiles* (26). ¿Cómo es posible, decían, convenirse de que un Dios omnipotente, que de nadie necesita para ser feliz, haya pensado hacerse hombre y morir en una cruz para salvar al hombre? Esto sería lo mismo que creer en un Dios vuelto loco por amor de los hombres; y apoyados en estas razones rehusaban dar crédito a las enseñanzas de los Apóstoles. Mas la gran obra de la Redención, que los gentiles tenían por locura, y así la llamaban, fue llevada a cabo, como nos atestigua la fe, por Nuestro Señor. Hemos visto, dice SAN LORENZO JUSTINIANO, a la Sabiduría eterna, al Unigénito de Dios, como loco de amor por el excesivo amor que tiene a los hombres» (27). En efecto, dice el CARDENAL HUGO, parece una gran locura de amor que Dios haya muerto por la salvación de los hombres» (28).

El B. JACOPONE, que mientras vivió en el siglo se había distinguido tanto por su mucho saber, al hacerse franciscano quedó tan prendado del amor de Cristo, que al parecer había perdido el juicio. Cierta día se lea apareció nuestro amoroso Salvador y le dijo: «Pero JACOPONE, ¿por qué haces semejantes locuras?» «¿Por qué las hago? —respondió—; porque Tú me las has enseñado. Si soy loco, añadió, más lo eres tú, que has querido morir por mí.

Del mismo modo hablaba SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZI en sus arrobamientos. «¡Oh Dios de amor!, exclamaba; ¡oh Dios de amor!, veo que amáis

(26) 1 Cor., 1, 23.

(27) Serm. de nativ. D. Obras, Venecia 1721, p. 328.

(28) In 1 Cor., cap. 1. v. 23.

demasiado a vuestras criaturas (29). Y arrebatada en éxtasis cierto día, tomó un Crucifijo en sus manos y se puso a correr por el monasterio gritando: «¡Oh amor, oh amor!, no me cansaré jamás, Dios mío, de llamaros amor». Y dirigiéndose a las religiosas, sus hermanas, les decía: «¿No sabéis, hermanas amadísimas, que mi JESÚS es todo amor?; digo más, ¿que está loco de amor? Loco de amor, lo digo y lo diré siempre, eres loco de amor, JESÚS mío» (30). Y añadía que, cuando llamaba a JESÚS *amor*, quería que todo el mundo la oyese, para que todos conociesen y amasen el amor de JESÚS. A las veces se ponía a tocar las campanas, para que todas las gentes del mundo (a lo menos, este era su afán) viniesen, a ser posible, a adorar y amar a JESÚS (31).

Sí, dulcísimo Redentor mío, razón tenía (permitidme que os lo diga) esta vuestra amadísima esposa para llamaros loco de amor. Pues qué, ¿no es una gran locura que hayáis querido morir por mí, por un vil gusano de la tierra, que os había de ofender y hacer traición? Pero ya que Vos, Dios mío, habéis llegado a tales extremos en el amor, ¿cómo es que no me embriago en el amor vuestro? Al contemplaros pendiente de la cruz, muerto por mí, ¿cómo puedo pensar en otras cosas fuera de Vos?; ¿cómo puedo amar nada fuera de Vos? Sí, Dios mío, mi soberano bien, el más amable de todos los bienes, os amo más que a mí mismo. De hoy en adelante os prometo amaros a Vos Sólo, y pensar siempre en el amor que me habéis manifestado muriendo por mí, anegado en un mar de dolores.

¡Oh azotes, espinas, clavos, cruz, llagas, trabajos

(29) PUCCINI: **Vida**; Florencia, 1611, p. I, cap. XI.

(30) PUCCINI: **Vida**; Florencia, 1611, p. I, cap. XII.

(31) PUCCINI: **Vida**; Florencia, 1611, p. I, cap. XII.

y muerte de mi JESÚS, bien veo que me forzáis y obligáis a amar a quien tanto me amó! ¡Oh Verbo encarnado, oh Dios enamorado de los hombres, mi alma se ha enamorado de Vos; quisiera amaros tanto, que mi mayor gusto fuera agradaros a Vos, dulcísimo Señor mío; y ya que tanto deseáis mi amor, os aseguro que yo no quiero vivir sino para agradaros; mi ambición es hacer cuanto me pidáis. Ayudadme, JESÚS mío, haced que os agrade en todo y siempre, mientras viva y después de mi muerte.

¡Oh María, Madre mía!, rogad a JESÚS por mí, a fin de que me conceda su amor, puesto que no alimento en mi corazón más deseo que amar a JESÚS en ésta y en la otra vida. Amén.

CAPITULO III

JESUCRISTO QUISO POR NUESTRO AMOR PADECER DESDE EL PRINCIPIO DE SU VIDA TODAS LAS PENAS DE SU PASIÓN.

I. Jesucristo, desde la Encarnación, sufrió más que los mártires. — Baja del cielo a la tierra el Verbo divino para hacerse hombre, y entra en el mundo con tantas ganas de padecer por nuestro amor, que no quiso pasar ni un momento sin sufrir a lo menos con la aprensión. Apenas fue concebido en el seno de María, se presentaron en su mente todos los trabajos que había de padecer en su Pasión, y para impetrarnos el perdón de los pecados y la gracia divina, los ofreció al Eterno Padre, a fin de satisfacer con sus penas todos los castigos que nuestros pecados merecían; con este intento comenzó desde entonces a padecer todo lo que más tarde había de sufrir en su amarguísima muerte.

¡Amorosísimo Redentor mío!, y yo entretanto, ¿qué he hecho, qué es lo que por Vos he padecido? Aunque por espacio de mis años estuviese padeciendo los tormentos que han tolerado todos los mártires, sería bien poco comparado con aquel primer instante en que os ofrecisteis y comenzasteis a padecer por mi amor.

Grandes dolores e ignominias tuvieron que sufrir los mártires, pero no duraron más tiempo que lo que

duró su martirio; al paso que JESUCRISTO no cesó de padecer desde el primer instante de su existencia todos los tormentos de su Pasión; porque desde aquel momento quedó dibujado a su vista todo el retablo de las ignominias y humillaciones que recibiría de los hombres. Razón tenía para exclamar por boca del Profeta; *Siempre tengo a la vista mi dolor* (1).

¡Oh JESÚS mío!, tan grande era vuestro afán de padecer por mi amor, que antes de tiempo quisisteis comenzar a sufrir; y yo vivo tan hambriento de los placeres de la tierra. ¡Cuántos disgustos os he dado por dar gusto a mi cuerpo! Señor, por los trabajos que habéis padecido, arrancad de mi corazón todos los afectos terrenos. Por amor vuestro me propongo abstenerme de todo género de satisfacciones (*nómbrales*).

II. Cristo sólo consigo quiso ser cruel, no ocultándose las penas. — La infinita misericordia de Dios no permite que de antemano conozcamos las pruebas a que nos ha de someter. Si el delincuente condenado por la justicia a vil garrote hubiera conocido al nacer el suplicio que le había de quitar la vida, ¿podría gozar un momento de expansión y de alegría? Si Saúl hubiera tenido siempre delante de sí la espada que debía atravesarle el pecho, si Judas hubiera vivido con el lazo en la mano del cual un día se debía de colgar, ¿quién no advierte las angustias y agonías que padecerían entrambos? En cambio, nuestro amantísimo Redentor, desde que comenzó a vivir, comenzó a tener ante su vista los azotes, las espinas, la cruz y los demás ultrajes que recibiría en su Pasión junto con la muerte amargísima que los hombres le preparaban.

(1) Ps. XXXII, 18.

Cuando veía las víctimas que se sacrificaban en el templo, no ignoraba que todas ellas eran figura del sacrificio que el Cordero sin mancilla había de ofrecer en el altar de la cruz. Cuando se detenía a contemplar los muros de la ciudad de Jerusalén, no se le ocultaba que allí debía perder la vida, anegado en un mar de dolores y de ignominias. Cuando miraba a su adorada Madre se figuraba que la veía agonizando de dolor al pie de la cruz en la cual iba El a morir.

De suerte que la horrible presencia de tantos males traían de continuo amargada vuestra vida, ¡oh JESÚS mío!, aun antes de que se acercara el tiempo de vuestra pasión. El amor que me teníais os dio alientos para aceptar y sufrir tantos trabajos.

III. La previsión del pecado aumentó las penas de Cristo. — ¡Oh JESÚS pacientísimo! La consideración de todos los pecados de los hombres y especialmente de los que yo había de cometer contra vuestra divina Majestad, contribuyó a que vuestra vida fuese la más angustiada de cuantas hay y habrá en el mundo. Pero, ¡oh Dios mío! ¿en qué ley, por cruel y bárbara que sea, está escrito que todo un Dios ame con tan entrañable amor a sus criaturas, y luego estas criaturas se desdeñen de amarle, y le insulten y le ofendan? ¡Ah, Señor!, dadme a entender la grandeza de vuestro amor, para que en adelante no os lo pague con ingratitud. ¡Oh JESÚS mío!, si os amase de veras, ¡cuán dulce y agradable me sería el padecer por Vos!

Cierto día se apareció Cristo crucificado a Sor Magdalena Orsini y la alentó a sufrir en paz la tribulación que desde largo tiempo la aquejaba. La sierva de Dios le respondió: «Vos, Señor, habéis estado pendiente de la cruz sólo tres horas, y yo vengo padeciendo largos años esta tribulación.» «¿Qué dices,

ignorante, qué dices? —repuso Cristo en tono de comprensión—; desde el primer instante que fui concebido en el seno de mi Madre padecí en el corazón todo lo que más tarde padecí en la cruz» (2).

Y yo, amadísimo Redentor mío, en presencia de tantas angustias que por mí sufristeis en toda la carrera de vuestra vida, ¿cómo puedo quejarme de las cruces que me mandáis para labrar mi felicidad eterna? Gracias os doy por haberme redimido a costa de tanto dolor y para manifestarme tanto amor. Para animarme a soportar con resignación los trabajos de la vida, habéis querido cargaros con todos ellos. ¡Oh JESÚS mío, haced que con frecuencia me acuerde de vuestros dolores, a fin de que esté siempre dispuesto a padecer por vuestro amor.

IV. Cristo, desde el principio de su vida, varón de dolores. — *Grande como el mar es tu quebranto*, dice JEREMÍAS (3); y así como las aguas del mar son todas saladas y amargas, así también la vida de JESUCRISTO estuvo cargada de amarguras y privada de todo consuelo, como lo reveló a Santa Margarita de Cortona (4). Y así como en el mar van a descargar sus aguas todos los ríos de la tierra, así también todos los dolores de los hombres cayeron sobre el Corazón de Cristo; que por esto dice por boca del Salmista: *Sálvame, Dios mío, porque las aguas han penetrado hasta mi alma...; llegué a alta mar y sumergióme la tempestad* (5). Como si dijera: Sálvame, Dios mío, porque la aflicción ha entrado hasta lo más secreto de mi alma y estoy su-

(2) P. BUENAVENTURA BORSELLI, O. P. **Vida**, Roma, Tinassi, 1668, cap. XV, pág. 66.

(3) **Thr.**, II, 13.

(4) FR. JUNCTO BEVEGNAS, **Vida**, cap. V, 13.

(5) **Ps.**, LXVIII, 2, 3.

mergido en una tempestad de ignominias y de dolores interiores y exteriores.

¡Amadísimo JESÚS mío, mi amor, mi vida y mi todo! Si miro por de fuera vuestro sacratísimo cuerpo, no veo más que llagas; si penetro en vuestro adorable y desolado corazón, no hallo más que amarguras y crueles agonías que lo despedazan. ¿Quién, JESÚS mío, podrá ofrecerse a padecer tanto y a morir por vuestras criaturas, sino Vos, que sois bondad infinita? Pero como Vos sois Dios, amáis como Dios, es decir, con un amor que con el vuestro jamás puede compararse.

«Para salvar al esclavo, dice SAN BERNARDO, ni el Padre perdonó al Hijo, ni el Hijo se perdonó a sí mismo» (6). ¡Oh infinita caridad del Señor! Por una parte, el Padre Eterno obligó a JESUCRISTO a satisfacer por los pecados de todos los hombres, pues como dice Isaías: *Cargó el Señor sobre El todas vuestras iniquidades* (7); y por otra parte, JESUCRISTO, para salvar a los hombres del modo más amoroso posible, quiso satisfacer por sí mismo y con todo rigor de justicia todas las deudas que el hombre había contraído con Dios. Con este fin, cargó sobre sí, como dice Santo Tomás, todos los dolores y vituperios en sumo grado (8). Por esto ISAÍAS lo llamó *el despreciado, el desecho de los hombres, el varón de dolores* (9). Y lo llamó así con razón; porque a la vez que JESUCRISTO fue atormentado en todos los miembros y sentidos del cuerpo, fueron afligidas con indecibles amarguras todas las potencias del alma; de suerte que las penas interiores sobrepujan con mucho a

(6) **Serm. de P. N.**, n. 4.

(7) **Is.**, LIII, 6.

(8) **Sum. th.** III, q. 46, a. 4-6.

(9) **bid.**, 3.

los trabajos exteriores. Míralo, pues, con las carnes desgarradas, ensangrentado, tratado como mago, seductor y loco, abandonado de sus amigos, perseguido, finalmente, por todos, hasta acabar su vida en un patíbulo infame.

¿Sabéis lo que he hecho por vosotros? (10), nos dice el Redentor. Señor, bien sé lo que habéis hecho y padecido por mí; pero también sabéis que hasta ahora nada he hecho por Vos. ¡JESÚS mío!, ayudadme a padecer por Vos algún trabajo, antes de que me sorprenda la muerte. Avergüénzome de presentarme ante vuestra presencia; pero no quiero seros ingrato en adelante, como hasta aquí lo he sido. Ya que os habéis privado por mi amor de toda suerte de placeres, renuncio por el vuestro a todos los deleites de los sentidos. Habéis sufrido por mí sin cuento de dolores; yo, en pago, quiero sufrir por Vos todos los trabajos de mi vida y las agonías de mi muerte, según fuere de vuestro agrado. Habéis sido abandonado; yo consiento en verme abandonado de todos, con tal que Vos, único soberano bien mío, no me abandonéis. Habéis sido perseguido; yo acepto todo género de persecuciones. Vos, finalmente, habéis muerto por mí; yo quiero morir por Vos. ¡Oh Jesús mío!, mi tesoro, mi amor, mi todo, os amo; pero dadme más amor. Amén.

(10) **Io.**, XIII, 12.

CAPITULO IV

DEL GRAN DESEO QUE TUVO JESUCRISTO DE PADECER Y MORIR POR NUESTRO AMOR.

I. Cristo suspirando por el momento de su Pasión. Sobremanera tierna, amorosa y llena de bondad fue la declaración que hizo el Redentor de su venida al mundo, cuando dijo: *Fuego vine a traer a la tierra, y ¿qué he de querer, sino que arda?* (1). Vine a encender en las almas el fuego del amor divino, y todo mi afán es ver abrasados en estas sagradas llamas a todos los corazones de los hombres. Y luego añadió que ambicionaba ser bautizado con bautismo de sangre, no ya para purificarse de las manchas de sus propios pecados (puesto que era impecable), sino para borrar los nuestros, ya que los venía a expiar con sus trabajos. «Se llama bautismo la Pasión de Cristo, dice SAN BUENAVENTURA, porque con su sangre quedan purificadas nuestras almas» (2). Para darnos a entender nuestro amoroso Redentor las ansias vivísimas que tenía de morir por nosotros, con dulces y abrasadas expresiones de amor nos dice que sentía indecibles angustias porque se retardaba el tiempo de su Pasión, tan grande era el deseo que tenía de padecer por nuestro

(1) Luc., XII, 49.

(2) In Ev. S. Luc., cap. XII, n. 71.

amor. Estas son sus admirables palabras: *Con un bautismo tengo de ser bautizado; y ¡cómo traigo en prensa mi corazón hasta que no se cumpla!* (3).

¡Oh Dios enamorado de los hombres! ¿qué más podíais hacer y decir para ponerme en la obligación de amaros? ¿Qué provechos podíais sacar de mi amor, que para conquistarlo quisisteis morir, y tanto suspirabais por la muerte? Si uno de mis criados hubiera manifestado deseos de morir por mí, con sólo esto se hubiera conquistado mi amor: y ¿podré yo vivir sin amaros con todo mi corazón, a Vos, Rey mío y Dios mío, que habéis muerto por mí y habéis tenido tan grandes deseos de padecer para conquistar mi amor?

II. Cristo suspiraba por la hora de su Pasión, para declararnos su amor. — *Sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, como amase a los suyos, los amó hasta el fin* (4). Aquella hora de su Pasión la llamaba el Redentor *hora suya*, porque, como escribe un piadoso escritor, siempre, y durante toda su vida, había sido la hora por El deseada; porque padeciendo y muriendo por el hombre, quería darle a entender el amor infinito que le tenía. «Al que ama, es siempre agradable la hora en que se padece por el amado» (5); porque el padecer por él es el medio más a propósito para que el amante descubra su amor, y de esta suerte cautive el afecto del amado.

¡Amado JESÚS mío!, conque para demostrarme vuestro infinito amor no habéis querido confiar a otro la empresa de mi redención! ¡Tanto os importaba mi amor, que para conquistarlo quisisteis padecer tanto

(3) Luc., XII, 50.

(4) Io., XIII, 1.

(5) BARRADAS, S. J., *In Concord.* IV. Ev. t. 4, l. 2; c. V.

por mí! ¿Qué más hubierais podido hacer si trataseis de ganar el amor de vuestro Eterno Padre? ¿Qué más hubiera padecido un esclavo para ganar el afecto de su amo, de lo que Vos habéis padecido para cautivar el corazón de un esclavo tan vil e ingrato como yo?

Ved a nuestro amoroso Salvador en la víspera de ser inmolado en el ara de la cruz por nuestra salvación, en aquella memorable noche que precedió a su pasión; oigamos lo que dice a los discípulos en la última cena que celebra con ellos. *Con deseo he deseado, dice, comer con vosotros este cordero pascual* (6). «Voz es ésta, clamor es éste, dice SAN LORENZO JUSTINIANO, del amor inmenso que nos tenía» (7). Como si nuestro amabilísimo Redentor hubiera dicho. Sabed, oh hombres, que esta noche, en la cual va a dar principio mi amarguísima Pasión, ha sido el tiempo por el cual he suspirado toda mi vida; porque con mis dolores y afrentosa muerte os daré a entender cuánto os amo, y, a la vez, os forzaré a amarme del modo más poderoso que tengo a mi disposición. Dice un autor que en la Pasión de Cristo se unió con el amor el poder divino: el amor quiso amar al hombre hasta los límites que podía señalar la Omnipotencia, y la Omnipotencia secundó al amor hasta colmar sus deseos.

¡Oh Soberano Señor!, os habéis entregado a mí por entero; ¿cómo rehusaré yo amaros con todo mi corazón? Creo que habéis muerto por mí, y, creyéndolo, ¿cómo os amo tan poco que con tanta facilidad me olvido de Vos y de cuanto por mí habéis padecido? Y ¿por qué, Señor mío, por qué, aun ahora pensando en vuestra Pasión no me inflamo en vuestro santo amor?, ¿por qué no me entrego todo a Vos, como

(6) Luc., XXII, 15.

(7) De Tr. Chr. Ag., c. 2. Obras. Venecia, 1721, p. 229.

tantas almas santas, que al meditar vuestros dolores quedaron presas de vuestro amor y a Vos se consagraron por entero?

Decía la Esposa de los Cantares que cuando su divino Esposo la introducía en la sagrada bodega de su Pasión, de tal modo se embriagaba en el divino amor, que, como desmayada, tenía que buscar algún alivio a su llagado corazón. *Metióme, dice, el rey en la secreta bodega del vino y ordenó en mí la caridad. Fortalecedme con flores, confortadme con manzanas, porque desfallezco de amor* (8). ¿Cómo es posible que el alma se ponga a considerar la Pasión de Cristo, los dolores y las agonías que tanto martirizaron el cuerpo y el alma de nuestro adorable Salvador, y no quede herida con otras tantas saetas de amor y forzada con suave violencia a amar al que tanto la amó?

¡Oh Cordero sin mancilla!, cuando os contemplo clavado a la cruz, ensangrentado, desfigurado y destrozadas vuestras carnes, me parecéis harto hermoso y amable; porque las llagas que veo como esculpidas en vuestro cuerpo son otras tantas señales y pruebas del amor que me tenéis. ¡Ah!, si todos los hombres se parasen a considerar el estado lamentable en que aparecisteis un día en Jerusalem, ¿quién podría no prendarse de vuestro amor? Amadísimo Señor mío, permitid que os ame, pues os quiero consagrar mi voluntad y todos mis sentidos. ¿Cómo podré yo rehusaros nada, ya que Vos me habéis dado vuestra sangre, vuestra vida y todo cuanto sois?

III. Por amor se puso en manos de sus verdugos.
Era tan grande el deseo que tenía JESÚS de padecer por nosotros, que en la víspera de su muerte, no sólo

(8) Cant., II, 4, 5.